—Con una persona muy estimable y reputada: con Miguelito.

La venganza de Don Mateo no pudo ser más completa. La Gobernadora palideció hasta ponerse cadavérica; le temblaban los lábios y no podía mantener quietos los ojos. Candelaria comenzó por demudarse y concluyó por meterse en su cuarto, pues dió en saltarle un brazo, síntoma precursor del ataque de nervios que solía padecer en las ocasiones graves.

La llegada del Sr. Vaqueril vino á sacarme de aquella horrible y peligrosa situación. ¡Cuando me ví en la calle creí haber salido del infierno!

XV

El discípulo.

En efecto, el Congreso unánime había derogado la embarazosa ley, retorciendo los motivos que habían servido para dictarla, y pasados algunos días, con todo encarecimiento rogó el Gobierno á los representantes del Estado, le permitiesen emplear los servicios del Coronel Cabezudo en una grave é importante comisión, que á nadie sino á él podía confiarse. Como pretexto para la sociedad, fué nombrado Don Mateo para trasladarse á San Martín y dirimir una con-

tienda entre dos pueblos que se disputaban las aguas de un arroyo; negocio viejo y archivado, como todos los administrativos que caian en la papelera de D. Vicente; como pretexto para el Coronel, Vaqueril, en instrucciones privadas, le manifestó que dos ex-jefes políticos llamados Soria y Coderas, tramaban por allá algo como una revuelta, la cual solo podía ser sofocada al nacer, por un hombre de prestigio en el distrito y de valor reconocido.

Desde entónces yo no me dí momento de reposo, agitado como estaba mi espíritu por los sentimientos más vivos y por las preocupaciones más violentas; fuera de que había de estar en todas partes cada día, trabajando, alistando ó simplemente oyendo. En la oficina por la mañana, en donde las cartas menudeaban más y más, conforme el tiempo avanzaba; por la tarde en casa de Gavilán para imponerle de cuanto sabía de nuevo; á las siete de la noche en la Mutualista, que había acordado tener sesiones diarias; y á las once, infringiendo las órdenes de Gavilán, en la calle del Insurgente.

Y no era yo el único que llevaba aquella vida agitada é inquieta. Vaqueril se apretaba las manos en la oficina y movía la cabeza frecuentemente de uno á otro lado, como muda lamentación de su alma tímida, al verse en la necesidad de elegir algún camino, cosa que no había hecho jamás. Por fortuna tenía á su lado á Don Vicente Torvado, ducho en la gran ciencia de ganar siempre, que en mi tierra se llama política; y tanto lo era, que según decía Vaqueril, había servido de secretario á cinco gobernadores consecutivos, que subían al poder y bajaban rompiéndose unos á otros la cabeza.

—Es indispensable ponernos de acuerdo con Pérez Gavilán, decía Torvado un día á Vaqueril.

—¡No, Don Vicente! exclamó éste; no nos metamos con ese hombre enredador y chismoso.

—Pues es indispensable; repitió el secretario.

Se acomodó los anteojos y tomó un expediente, que fingió leer. Yo hice que escribía

y desde mi mesa lanzaba furtivas miradas á la secretaría del Gobierno.

Vaqueril recorrió dos veces la estancia, apretándose las manos, y de nuevo se acercó á Don Vicente.

—Vea vd., dijo; Gavilán es capaz de engañarnos á vd. y á mí, y de vendernos y de traicionarnos.....

—¿Engañarme á mí? preguntó Torvado sonriendo con modo despreciativo.

—¿Y cómo hemos de ponernos de acuerdo, si lo que quiere es ser gobernador?

—Que vaya al congreso general.

—¡Pero Don Vicente! ¿hemos de mandar á la capital de la República esa víbora para que allá nos trabaje en contra?

—Pues hagámosle tesorero, que con eso se conformará.

—¡Imposible! Pondrá mil dificultades en cada caso; no podremos caminar; se servirá de los fondos para ganarse medio Estado.

—Pues es indispensable; concluyó el adusto secretario, tomando otra vez su expediente.

De esta manera vencía siempre á Vaqueril, y en aquella ocasión lo consiguió enteramente.

No debían, por la cuenta, ser muy favorables á la revolución las últimas noticias recibidas, bien que en tiempos tales las buenas y las malas se suceden cada hora, poniendo en confusión á los hombres más despejados y listos.

—Para todo evento, decía después Torvado, es preciso cubrirse las espaldas, señor Gobernador; este Pérez Gavilán es el único capaz de comprender desde ahora que nos inclinamos en favor del movimiento, y de sacar partido de un fracaso. Es indispensable tenerle con nosotros.

Vaqueril convino en que Torbado pulsase el ánimo de Gavilán; pero no por esto dejó de mover la cabeza ni de demostrar en el semblante su profunda preocupación ó en una palabra, su miedo. En vano el secretario se esforzó en convencerle de que aquello no era más que una sabia precaución, puesto que nada había que temer: Vaqueril continuó con su cara compungida y revelando el desasosiego que le consumía.

No cambia con más rapidez la decoración de la escena en drama patibulario, que aquella vez el gesto de Don Sixto Liborio al ver entrar en la Secretaría á Corrales. Contestó apenas el saludo Don Vicente, y tomó de nuevo su legajo, como para no ver cosas desagradables.

Pasaron el Gobernador y el oficial de policía á mi oficina, y guiando el primero hacia un rincón, preguntó con vivo interés:

—¿La viste?

Corrales movió la cabeza para dar á entender que estaba yo presente, y pude en seguida traducir una escena de gestos y ademanes que significaban:

—No importa.

—Y mucho.

—Pues pasemos á la pieza inmediata.

¿Y qué se me daba á mí de cometer una acción baja sobre las muchas á que me habían empujado? Me levanté; cerré la puerta de la Secretaría para que Torvado no me viese, y de puntillas me acerqué á la puerta por donde Vaqueril y Corrales acababan de desaparecer.

—Esta noche, decía el segundo á media voz, no espera ninguna visita.

—Muy bueno; entonces iremos á eso de las nueve.

—Corriente; es la hora convenida.

—¿Y Miguel?

—He hecho que le llegue alguna noticia de esto para que deje de locuras.

No quise oir más. Volví á mi mesa trémulo, ahogándome con algo que me cerraba la garganta, y me dejé caer en la silla, presa de dolores horribles qne me despedazaban el corazón. ¡Remedios, al poner los piès en el fango, imperaba más que nunca en mi alma enamorada y loca!

Pero pasaron los primeros minutos en que siempre era yo sencillo y débil, y reponiéndome con menos dificultad que otras veces, cobré pronto energía y valor para sufrir aquél rudo golpe; fueron encendiéndose mis mejillas, y cuando Vaqueril y Corrales pasaron junto á la mesa que yo ocupaba, la indignación y el rencor habían reemplazado al dolor y la debilidad.

Al llegar Miguel, nada pudo revelar á sus

ojos el infierno que yo encerraba en mi pecho. Noté que traía el semblante singularmente descompuesto por un mal humor que no trataba de ocultar; y quise saborear el placer de lastimarle.

—¿Qué hay de nuevo por el mundo, Juanito? me preguntó, como lo hacía casi siempre al entrar.

—Algo muy bueno, contesté; pero que puede ser nuevo para todos menos para vd.

—¿Sí? ¿Y qué es ello?

—Se trata de un matrimonio concertado desde hace unos diez ó quince días entre un joven diputado y la sobrina de un coronel.

—¿Y vd. ha creído esa simpleza? preguntó Miguel con tono áspero.

—Perdone vd., repliqué; nada tiene de inverosímil, puesto que vd. mismo me ha declarado muchas veces que quiere á esa joven y aun que iba á formalizar sus pretensiones dirigiéndose á Don Mateo.

—Es verdad; pero en pocos días puede aprenderse mucho. Mire vd. en dos meses he cambiado mis teorías de colegio por las prácticas de la vida pública, y ahora me asombro

de haber rechazado estas prácticas alguna vez. Pues de la misma manera, voy aprendiendo las prácticas de la vida común, y sustituyendo con ellas las teorías románticas que de niño aprendí en las novelas.

En boca de Pepe Rojo, estas palabras me habrían hecho reir; pero en la de Miguel helaron mis venas y provocaron mi indignación.

—¿Qué quiere vd. decir? pregunté con un tono que, mal mi grado, llevaba algo de agresivo.

—Juanito, repuso el joven; me parece que vd. tiene aprecio á esa muchacha por paisanaje ó amistad; pero yo debo decirle á vd. para que también aprenda á tener juicio, que al fin y al cabo, una muchacha de pueblo, educada por Don Mateo y moralizada por él, solo puede aceptarse como mujer hermosa; pero no como buena; y á mi no me basta la belleza para amar; pero ¡qué diantre! la hermosura no debe despreciarse porque esté desprovista de adornos morales, y no despreciaré ciertamente esto que se me viene á las manos.

Noté, á pesar de la turbación que la ira me producía, que en las palabras de Miguel había más despecho que verdad, y quise herirle en lo más vivo.

—Quizá tenga vd. razón, dije; y puede vd. estar seguro de que no me lastiman sus nuevos juicios respecto á esa muchacha. Esta noche va á visitarla el Gobernador, por cita que de ella ha recibido....

—¡Qué dice vd! exclamó Miguel, poniéndose pálido de coraje.

—Lo he oído hace un instante.

—¡Pues miente quien lo ha dicho!

—No creí, dije con sorna, que la noticia le hiciera á vd. tanta impresión.

—Ciertamente; repuso el jóven reprimiendo su enojo; me impresiona vivamente, porque aunque ya sabía yo por Perez Gavilán lo que pasa, y algo me dijo ayer Carriles, no he creido que Remedios haya descendido hasta ese punto.

¡Pérez Gavilán se lo había dicho! Un rayo de luz, fugaz como el que penetra por una rendija al brillar un relampago, iluminó mi mente; pero la oscuridad reinó otra vez en

seguida. Miguel, sofocado y descompuesto continuó:

—Aunque yo creyera á esa mucha enteramente indigna de un amor honrado, me bastaría para interesarme en su conducta haber puesto en ella los ojos y haber revelado á su tio mi inclinación. ¡Mañana ,dirán si yo no lo impido, que la que yo pretendía para esposa es la querida del Gobernador! Y aunque la juzgara enteramente buena, bastarían las pretensiones de Vaqueril para que yo desistiera de amarla honradamente. En verdad, creo calumnioso cuanto se dice, aun lo que vd. acaba de oir; pero eso me importa poco, puesto que creo posible que se convierta en realidad. Para mi no hay más que un camino por donde salir airoso y evitarme las burlas: hocer mía la presa antes que Vaqueril adelante en su conquista. No quiero más romanticismo ni más necedades; la muchacha me quiere y aunque sea con escándalo y ruido, mostraré que no me dejo burlar.

—¿Y el compromiso que ha contraído vd. con su tio? exclamé fuera de mí.

—No me importa.

—Abusará vd. pues, del cariño que ha llegado á conquistar y de la confianza que le dispensa.

—Y qué?

—¡Que eso no es honrado!

—¡Y á vd. que le importa!

No sé que respuesta inspirada por la rabia llegó hasta mis labios contraidos y trémulos; pero venció en mí el deseo de tomar alguna venganza cierta y terrible de todos los ultrajes que había recibido mi corazón, y pude dominar la ira, sobreponiéndome á mis naturales inclinaciones.

—Me apena por vd., dije hipócritamente, cuando pude hablar; porque además, en cierto modo falta vd. á lo que debe al Sr. Vaqueril.

—¿Lo que le debo? repuso Miguel bajando la voz; pero siempre con enérgico entono. ¿Y que le debo?

¡Al fin Vaqueril había conseguido que su discípulo aprendiera algo, y que se dejara para los discursos y las odas las teorías del Colegio!

XVI

El angel.

LA copa estaba llena hasta los bordes, y sólo faltaba para derramarla una gota más de amargo veneno. Yo llegué con mi corazón honrado y puro á aquella ciudad, lleno de esperanzas, ageno de envidias, excento de ambiciones, como no fueran las nobles que estimulan y alientan para adquirir por medio del trabajo la felicidad que no saben conseguir ni la falaz fortuna ni la aventurera audacia; pero todo conspiraba á malear mis sentimientos, y si gracias al cielo, mi corazón no llegó á corromperse irreme-